
EL INTERIOR

DE

JESUS Y DE MARIA.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

EL INTERIOR DE JESUS CORRESPONDIÓ Á LOS DESIGNIOS DE LA
ENCARNACION.

PARA formarse una idea del interior de Jesus no hay mas que remontarse hasta el designio de Dios en el misterio inefable de la Encarnacion. Dios, despues de haber previsto y permitido la caida del primer hombre, la cual le conducia irremisiblemente á su pérdida eterna y á la de su posteridad, no quiso que esta caida quedase sin remedio, como lo habia quedado la de los ángeles rebeldes; antes bien resolvió repararla de un modo doblemente ventajoso para su gloria y para nuestra salud. Con esta mira escogió entre los hijos de Adan un hombre que fuese el mediador de su reconciliacion con el género humano, que se consagrarse en calidad de víctima á la expiacion del pecado de Adan y de todos los demas pecados que despues de este se han cometido; que se encargase de satisfacer plenamente á su justicia, de desarmar su cólera, aceptando la muerte mas ignominiosa; y que mediante su paciencia y su voluntaria inmolation, le diese una gloria mayor de la que le habia quitado la culpa y nos

volviese á un nuevo estado, mejor que aquel del cual habiamos caído.

Mas si este hombre hubiese sido pecador como nosotros, incapaz de satisfacer á Dios por sí mismo, ¿cómo hubiera podido aplicarle á favor nuestro? Menester era, pues, que estuviese libre de todo pecado, hasta del que contraemos por nuestro solo origen. Ni bastaba que fuese inocente, debia ser santo y nada ofrecer en su persona que no fuese agradable á los divinos ojos. Ni áun esto era suficiente: un hombre puro, por inocente, por santo que se le suponga, no podia presentar á la majestad infinita de Dios una satisfaccion proporcionada á la grandeza de la ofensa. Necesario era que una tal satisfaccion, finita en sí misma, sacase un valor infinito de la dignidad de la persona que la presentaba, y que por este título fuese digna de ser aceptada. Esta persona, de consiguiente, debia ser por precision una persona divina. Así, pues, era indispensable que el mediador entre Dios y los hombres fuese Dios y hombre juntamente: hombre, para humillarse, para someterse en lugar nuestro á la pena que teniamos merecida; Dios, para comunicar á esta humillacion y á esta pena un precio que igualase y que sobrepujase incomparablemente todas nuestras deudas.

Tal es el objeto que se propuso Dios en el misterio de la Encarnacion; misterio que por su misma incomprendibilidad nos hace comprender cuán terrible mal es el pecado, tanto por respecto á Dios á quien ofende, como por respecto al hombre que lo comete. Es un mal tan grande, que fué menester nada menos que un hombre Dios para repararlo; sin cuyo reparador, el ultraje hecho á Dios subsiste siempre, y no fueran bastantes á expiarlo todas las penas que el hombre sufriese por toda una eternidad. Dios nada hace inútil; y si esto es una verdad con respecto á todas sus obras, lo es con mucha mayor razon respectivamente su obra por excelencia, la mas grande que haya salido y pueda salir jamas de sus manos. La encarnacion del Hijo de Dios no se sino un medio; el fin es, por una parte la gloria de Dios, no

aquella gloria esencial que se da á sí mismo y que no puede perder jamas, sino la gloria que le deben dar sus criaturas y que estas le pueden frustrar; y por otra parte la salud del hombre, su eterna felicidad, que es la recompensa de la gloria que este habrá dado libremente á Dios: y como todo medio es por su naturaleza subordinado á su fin, júzguese de la grandeza de este doble fin por la del medio que Dios empleó para conseguirlo; y júzguese tambien de la malicia del pecado, que por sí solo puede hacer faltar este fin é inutilizar el medio.

En Jesucristo, pues, se han unido la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo, con una union que empezó desde el principio de su concepcion, con una union comun á su alma y á su cuerpo; union indisoluble que ni la muerte podia romper; union en cuya virtud no habia en Jesucristo sino un solo yo, el yo del Verbo; de manera que todo lo que pensó, dijo, hizo y padeció segun su naturaleza humana, pertenecia personalmente al Verbo; y que á causa de esta unidad de persona fué tan verdadero decir que el Hijo de Dios era Hijo de María, como decir que el Hijo de María era Hijo de Dios.

Este favor es, sin contradiccion, el mayor que Dios pudo hacer á nuestra naturaleza y á las dos sustancias que la componen. Es puramente gratuito y era absolutamente imposible que el alma y áun menos la carne de Jesucristo, lo mereciesen en manera alguna, á no haber sido efecto de una predileccion única de Dios para con esta alma y esta carne, predileccion muy superior al amor que ha tenido y tendrá jamas á todos los ángeles y hombres juntos.

En virtud de esta union, Jesucristo, como hombre, recibió la plenitud de todas las gracias, y de esta plenitud recibimos las que se nos comunican. (Joan, I, 16.) Ellas le han sido dadas para que las derramase sobre nosotros; de las mismas nos hace partícipes sin empobrecerse, pues no disminuye la fuente por mas arroyos que de ella manen, porque nosotros tenemos el espíritu de Dios con medida, cuando él lo ha recibido sin ella.

(Joan, III, 34.) Lleno quedó su entendimiento de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. (Colos., II, 3.) El conocimiento que tuvo de Dios, de su naturaleza, de sus perfecciones, de lo que le es debido, de sus obras naturales y sobrenaturales fué superior sin proporción alguna al de las inteligencias mas sublimes. Impecable su voluntad, incapaz de la menor imperfección, libre únicamente para elegir lo bueno, quedó formada con una disposición perenne é invariable de hacerlo y de sufrirlo todo por la gloria de su Padre. En él la divinidad ejerció el imperio mas absoluto sobre la humanidad y la tuvo en todo bajo la mas sumisa y voluntaria dependencia.

¡Qué sentimientos, pues, qué virtudes habrán debido ser las de un alma semejante! Ni la fe, ni la esperanza, consecuencia de la imperfección de nuestra condición presente, tenían lugar con respeto á él, pues veía siempre á Dios intuitivamente y gozaba de la felicidad inherente á esta visión. Mas ¡qué amor para con su Padre! ¡qué celo por su gloria! ¡qué reconocimiento por sus beneficios, cuyo infinito precio conocía! ¡qué humildad, ó mas bien qué anonadamiento! ¡qué caridad para con los hombres! Prescindo ahora del ejercicio de estas virtudes: entiendo hablar solo de su hábitud tal como fué infundida en el alma de Jesucristo en el momento de su creación y de su unión con el Verbo. Esta hábitud subió desde luego á un grado tan sublime de perfección, que ni podía crecer, ni recibir aumento por los actos que produjo despues.

En cuanto á las calidades naturales, correspondían en él á las sobrenaturales. Su alma fué dotada de facultades mas excelentes sin comparación que las de los espíritus bienaventurados y enriquecida de los mas elevados conocimientos, que bebía inmediatamente en el seno de la divinidad. Sus sentimientos eran tan rectos, tan nobles, tan puros, tan delicados, que exceden á toda comprensión. Reducíanse todas sus pasiones al amor del verdadero bien y al odio del verdadero mal. No era susceptible ni de espíritu propio, ni de voluntad propia, ni de amor propio:

todo lo sujetaba la persona del Verbo, todo lo animaba, todo lo dirigía, todo se lo apropiaba: la santa humanidad operaba ó sufría conforme á su naturaleza, sin poder atribuirse ni referirse nada á sí misma. Dueño absoluto de su imaginación, no sentía sus impresiones sino cuando y como quería, y en esta parte su voluntad era del todo conforme con lo ordenado por su Padre y de consiguiente por él mismo como á Dios. Nada pasó en su alma, con dependencia del cuerpo ó sin ella, por su voluntad ó por la de otro, que no estuviese resuelto de toda eternidad, de que no tuviese previo conocimiento, que no se dirigiese al grande objeto de su misión, y que no hubiese libremente aceptado y cumplido con la mira de llenar este objeto. Su cuerpo formado por el Espíritu Santo, tenía todas las disposiciones necesarias para secundar perfectamente todas las operaciones del alma. Admirables eran su unión, su armonía, su subordinación y nunca instrumento alguno correspondió con mas fidelidad al resorte interior que le gobierna. En una palabra, Jesucristo, aunque sujeto por su voluntad á todas nuestras naturales flaquezas, era ya en el alma, ya en el cuerpo, la obra maestra mas completa que haya salido de las manos del Criador: excedía sin comparación al primer hombre, y por su unión con el Verbo la humanidad fué elevada en él á una santidad que solo á la de Dios puede ser inferior.

Tales fueron las consecuencias necesarias de la encarnación con respecto á Jesucristo; juzguemos pues por ellas de su interior. No olvidemos estas ideas que han de dirigirnos en el examen en que vamos á entrar.

Asombrados de una perfección que ni aún concebir puede ninguna inteligencia criada, me preguntareis: ¿Podemos nosotros imitar el interior de Jesucristo tal como acabais de exponerlo? Os responderé que esto no depende de nosotros, ni es lo que se nos propone á nuestra imitación. Jesucristo, como hombre, nada ha puesto de suyo en las perfectas disposiciones que le ha dado su unión con el Verbo. Esta unión, que abrazaba la plenitud

de todas las gracias, era un puro don de Dios, del cual no quedó revestida y adornada su santa humanidad, sino á consecuencia del gran designio que Dios sobre ella habia formado. Destinada estaba á ser la reparadora de la gloria de Dios, á pagar el precio de nuestra redencion, á satisfacer por todos nuestros pecados, á volvernos á la senda del cielo y á merecernos todas las gracias que á él conducen. Solo Jesucristo (Joan, I, 29) es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo; es el único verdadero adorador que haya adorado á Dios en espíritu y en verdad, en su nombre y por nosotros. El es la única víctima que nosotros podemos ofrecerle, que sea la mas grata á sus divinos ojos, que le honra de una manera digna de él, que nos autoriza á pedirle todo cuanto puede contribuir á nuestra salvacion, y que no le deja lugar para negárnoslo.

Dios ni ha tenido ni tendrá jamas semejantes designios sobre ninguno de los elegidos; así que nada ha obrado ni obrará en su favor como lo que ha hecho por él. Pero es muy cierto, segun nos enseña la fe, que Dios, suma é infinita bondad, cuya sabiduría no tiene límites y de cuya misericordia está llena la tierra, como canta el real Profeta, tiene sobre cada uno de los elegidos sus designios particulares, desconocidos siempre á los presumidos de sabios y á los amadores del mundo; y que á mas de las disposiciones naturales relativas á estos designios, les tiene preparado un encadenamiento de gracias para elevarlos á su tiempo á un cierto grado de santidad, aguardando de ellos una proporcionada correspondencia. Estemos, pues, en la firme persuasion de que por parte de Dios nada nos falta, como nada faltó á Jesucristo; y que así como de este, tampoco de nosotros nada exige sino en razon de lo que nos ha dado y de lo que nos ha puesto en estado de hacer y de sufrir por él. El uno ha recibido cinco talentos, el otro dos, el otro uno, cada cual segun su capacidad. Lo que nos pide con justicia es que aprovechemos estos talentos, por lo que deben producir. El campo de nuestros corazones, en donde se ha sembrado el buen grano, no

es en todos igualmente fértil; este no puede dar sino treinta por uno; aquel puede dar hasta sesenta y algunos hasta ciento. Estos diversos grados de fertilidad son un don de Dios, que pone en cada alma lo que le place, segun los designios que sobre ella tiene. Mas está en nuestra mano el hacer producir este don divino, á proporcion de lo que Dios tiene derecho de esperar de él; y nos hacemos mas ó menos culpables, si el producto no corresponde á la medida de los talentos, ni la cosecha á la fertilidad de la tierra por la falta de nuestra cooperacion. Hé aquí tan solo en lo que se nos propone imitar el interior de Jesucristo; y esto depende de nosotros.

Dejemos, pues, inútiles y dolorosos recuerdos sobre lo pasado, pidamos sinceramente perdon, que obtendremos si tenemos firme resolucion de portarnos mejor en adelante. Examinemos nuestro actual estado y empecemos por hacer buen uso de la gracia presente. Sosténgase nuestra fidelidad; no desperdiciemos nuestras caidas, pues ellas con tal que nos levantemos lo mas presto posible, nos servirán para humillarnos, para alentarnos, para disminuir nuestra confianza en nosotros mismos y aumentar la que debemos poner en Dios.

CAPITULO II.

SACRIFICIO QUE HACE DE SÍ JESUCRISTO AL ENTRAR EN EL MUNDO.

EN el primer acto que hizo Jesucristo al entrar en el mundo, es decir, en el momento de su concepcion en el seno de María, se puso á la entera disposicion de la voluntad de su Padre. San Pablo es quien nos lo asegura, y el que le hace proferir en aquel instante con toda la efusion de su alma aquellas palabras de un salmo que contiene esta ofrenda. *Por eso al entrar en el mundo dice á su Eterno Padre: Tú no has querido sacrificio, ni*